

EL DILEMA ETICO DEL CONOCIMIENTO



Marco A. Fernández Navarrete
Persona

“Conocer no es indiferente, ni intrascendente, es un acto de responsabilidad del cual debemos estar orgullosos y del cual deberían surgir nuestras más nobles expectativas, a lo menos eso es lo que la sociedad espera de quienes pueden aprender”

El acceso al conocimiento constituye un derecho inalienable para cualquier ser humano, siempre lo ha sido, lo es y espero lo siga siendo. La historia de la humanidad se encuentra colmada de relatos en los cuales el conocimiento constituye la variable diferenciadora entre distintas realidades sociopolíticas, pero en concreto ¿qué es el conocimiento?: a partir de las experiencias o vivencias formales o informales, de naturaleza científica o empírica las personas van acumulando “claves” para enfrentar la vida de una u otra forma, según su particular punto de observación. Un elemento fundamental del concepto de “conocimiento” lo encontramos en la interpelación que el concepto impone en cuanto a poner en acción o aplicar aquello que hemos aprendido, es decir, el objeto que hemos conocido, lo hemos relacionado, hemos reestructurado el pensamiento y estamos listos para la validación a través de su uso y/o aplicación, recién aquí concluye el ciclo del aprendizaje.

El conocimiento libera, pone alas a la expresión humana pero también modifica las estructuras de discernimiento personal, es decir, condiciona nuestras formas de actuar y en la medida de ello constituye un deber ético ponerlo en práctica. Quien no conoce es inocente ante el bien o el mal, pero quien tiene acceso al conocimiento y lo internaliza en forma espontánea, nace en él una responsabilidad moral que aplicada a un contexto funcional se traduce en una responsabilidad ética. Conocer no es indiferente, ni intrascendente, es un acto de responsabilidad del cual debemos estar orgullosos y del cual deberían surgir nuestras más nobles expectativas, a lo menos eso es lo que la sociedad espera de quienes pueden aprender.

No obstante lo anterior, vivimos en un mundo tan convulsionado y a ritmos vertiginosos que con frecuencia perdemos el sentido del ¿para qué aprendemos?, pasamos largas horas de nuestra vidas en programas de formación que nos dotan de nuevas y más evolucionadas competencias para actuar, pero llegado el momento algo sucede y no somos capaces de poner en práctica lo aprendido, seguimos actuando en base a los mismos paradigmas convencionales y no estamos dispuestos a poner en acción nuestras nuevas competencias. Diversas razones pueden explicar este fenómeno, pero sin duda alguna una de las más relevantes es la opción personal de atrevernos a actuar de una manera distinta. Con frecuencia hay temor a contravenir las formas tradicionales de actuación de quienes nos rodean, temor a ser juzgados de una manera diferente, temor a herir sensibilidades de

personas involucradas, etc... Cualquiera sea la razón, ninguna de ellas justifica la desidia de poder afectar nuestra realidad y no hacerlo por las razones que sean.

La naturaleza ha puesto sobre la tierra una gran diversidad de tipos de personas, con rasgos de personalidad diferentes, intereses diferentes, condiciones culturales y socioeconómicas distintas, etc... pero todas tenemos algo en común, “queremos explorar lo desconocido” este ha sido el sino de la evolución humana, sobre el cual se construyen las bases del “progreso”. Sin embargo, en algún momento perdimos la conexión concreta con la realidad, no sé si la virtualización de la información y las comunicaciones contribuyeron a esto, pero en la práctica la humanidad es un símil a un organismo en que la cabeza crece a ritmo exponencial, pero sus extremidades los hacen a un ritmo aritmético, es decir, aprendemos en forma extraordinaria pero perdemos nuestra capacidad de actuación y de tomar acción sobre aquellas cosas que nos afectan. He aquí el dilema ético del conocimiento. Cambiar esta realidad depende de cada uno de nosotros, tomar la decisión sin duda alguna contribuirá con el desafío de todos, en cuanto a dejar un mundo mejor para las futuras generaciones.

Marco A. Fernández Navarrete
marco@possibilitas.cl

